

lexis

Vol. XXXIII (I) 2009

revista de lingüística y literatura

DEPARTAMENTO
DE HUMANIDADES



FONDO
EDITORIAL

Mostrando metáforas*

Pablo Quintanilla

Pontificia Universidad Católica del Perú

Las relaciones entre la palabra, es decir el lenguaje verbal, y el inconsciente son extraordinariamente variadas, de manera que me voy a concentrar en una manera particular de usar el lenguaje, no para decir cosas sino para mostrarlas, como es el caso del uso metafórico. La producción de metáforas es un fenómeno de creatividad lingüística que permite iluminar muchos fenómenos importantes. Uno de ellos es la actividad misma del inconsciente. La intuición que voy a intentar desarrollar es que la metáfora opera produciendo transferencias y extensiones semánticas, y que la manera como esto ocurre podría ayudar a aclarar los complejos mecanismos de desplazamiento y condensación que son propios de la forma como trabaja el inconsciente.

La distinción entre decir y mostrar fue acuñada por el primer Wittgenstein (1979). Para él, uno emplea el lenguaje en el ámbito del decir (*sagen*) cuando lo usa para describir la manera como es o puede ser el mundo, o para comunicar contenidos que pueden tener forma proposicional, es decir que pueden ser verdaderos o falsos. De otro lado, también según Wittgenstein, uno emplea el lenguaje en el ámbito del mostrar (*zeigen*) cuando lo usa para producir en el

* Esta nota fue leída en el XII Congreso del Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima, del 22 al 24 de junio de 2007.

interlocutor estados mentales que no describen estados de cosas y que no pueden ser formulados proposicionalmente y, por tanto, no son pasibles de verdad o falsedad. Cuando mostramos, evocamos en nuestro interlocutor estados mentales que no podrían ser expresados mediante el uso representacional del lenguaje.

Podríamos así sugerir —cosa que no hizo el propio Wittgenstein— que el ámbito del decir está asociado al discurso literal, mientras el ámbito del mostrar lo está con el discurso metafórico. Una metáfora no describe estados de cosas sino *muestra* algunas de las, en principio, infinitas asociaciones que pueden haber entre dos o más conceptos. Al hacer eso, la metáfora exhibe lo que no puede ser dicho; sugiere, evoca o insinúa lo que no puede ser descrito de manera proposicional. Una metáfora nunca puede volcarse en un conjunto, por largo que este sea, de oraciones literales, porque la metáfora alude a muchas posibles relaciones entre los conceptos involucrados, algunas de las cuales estaban en la mente del autor de la metáfora, de manera consciente o inconsciente, pero muchas otras no lo estaban sino solo aparecerán en la mente de quien la interpreta creativamente. Por eso, tanta creatividad hay en quien produce una metáfora ingeniosa como en quien la interpreta.

Según un célebre aforismo de Heráclito, el oráculo de Delfos no afirma ni niega, sino señala. Usa el verbo griego *semainein*, expresión griega que significa en castellano “señalar” o “indicar”, en el sentido de mostrar o insinuar. Algunos traductores de Heráclito al inglés traducen *semainein* por *to intimate*, “intimar”, generando la connotación de que el oráculo no solo muestra sino que además lo hace con la cercanía de la intimidad, es decir, familiariza. El oráculo de Delfos solía expresarse con metáforas, nunca de manera literal, y lo que estaba haciendo Heráclito es una metáfora de la metáfora.

Pero ¿por qué el uso metafórico del lenguaje tiene un poder que el uso literal no tiene? ¿Qué cualidad cognitiva o epistémica tiene la metáfora que va más allá de su valor estético? La respuesta es que una metáfora aguda nos permite ver algún objeto o problema bajo una luz diferente, es decir, nos permite ver algo *como* algo distinto, nos permite reparar en aspectos del mundo o de nosotros mismos de los

que no habíamos sido conscientes. El segundo Wittgenstein llamaba “representación perspicua” al hecho de que siempre vemos una situación o un objeto a la luz de otros, pues nunca vemos ni pensamos los objetos o fenómenos aislados de otros que también tenemos en cuenta. Cuando la representación perspicua es suficientemente creativa, produce cambio conceptual, es decir, variación en creencias y significados y, en ocasiones, también creación de nuevos significados y creencias, esto es, creencias que nadie tuvo anteriormente. La cualidad epistémica de una metáfora se encuentra en directa proporción a la posibilidad de cambio conceptual e iluminación que puede provocar en sus intérpretes. Ayudarnos a ver el mundo, a nuestro interlocutor, o vernos a nosotros mismos bajo otra luz, de una manera diferente que nos produce la sensación de estar viendo un nuevo ángulo de las cosas, o de estar descubriendo algo que ahora consideramos importante, valioso o profundo, es la habilidad que tiene una metáfora cuando es sutil. Por eso, Aristóteles en la *Poética* dijo que “lo más importante con mucho es dominar la metáfora. Esto es lo único que no se puede tomar de otro, y es indicio de talento; pues hacer buenas metáforas es percibir la semejanza” (2004: 1459a 3-8).

En efecto, el primer estudio sistemático sobre la metáfora corresponde a Aristóteles, tanto en la *Poética* como en la *Retórica*. En esos textos, el filósofo sostiene que una metáfora es una oración en la que no estamos preocupados por su significado literal (es decir, por la interpretación ordinaria que de ella haría un intérprete promedio) sino por un significado peculiar, inusual y tal vez extravagante que, sin embargo, nos proporciona algún tipo de información nueva. La idea central en la concepción aristotélica es que al lado del significado literal de una metáfora hay un segundo significado metafórico. La filosofía del lenguaje contemporánea, de la mano de Donald Davidson, ha objetado esta concepción semántica de la metáfora para sostener que la metáfora es un fenómeno estrictamente pragmático. Pero no vamos a entrar ahora en esa discusión técnica. La idea que deseo presentar es la intuición aristotélica según la cual la metáfora emerge, en primer lugar, como una *transferencia de significado* de un concepto a otro, en donde atribuimos a un sujeto

características que literalmente no le corresponden con la finalidad de llamar la atención a una semejanza, y, en segundo lugar, como una *extensión de significado*, en que tomamos una expresión con una extensión determinada y la aplicamos a una nueva e inusual expresión, también con la finalidad de llamar la atención de ciertas similitudes. El ejemplo de Aristóteles es la metáfora homérica “Aquiles es un león”, donde el poeta transfiere ciertos rasgos que pertenecen naturalmente a los leones (fiereza, valor, ferocidad, etc.) a Aquiles para hacer que el lector advierta que Aquiles es como un león al poseer esos aspectos. La metáfora no nos está diciendo como es realmente Aquiles, nos está pidiendo que lo veamos bajo cierta luz, que lo veamos como si fuera un león. La transferencia de significado va acompañada de extensión de significado, porque estamos ampliando el sentido ordinario de “león” para predicar algo acerca de un hombre. En ocasiones el significado extendido se convierte en usual y entonces la metáfora muere para convertirse en una oración literal, pues el premio de una metáfora exitosa es su muerte como metáfora. Cuando una metáfora se convierte en una expresión de uso tan regular que pierde su capacidad para llamarnos la atención a una asociación sobre la que no habíamos reparado, deja de ser una metáfora para convertirse en una oración literal. Así es como va creciendo el lenguaje, las regularidades usuales que gobiernan el significado de las palabras. Estas regularidades son metáforas muertas que precisamente por haber sido exitosas se han coagulado, se han congelado y han dejado de ser metáforas.

En un hermoso texto titulado “A postscript on metaphor”, el filósofo estadounidense Willard Van Orman Quine compara la producción de una oración literal con la clarificación de un espacio al interior de la jungla tropical. Dice:

La metáfora, o algo semejante, gobierna tanto el crecimiento como nuestra adquisición del lenguaje. Lo que se convierte en un refinamiento subsiguiente es el discurso cognitivo mismo, en su forma más literal y seca. Las pulcramente trabajadas extensiones de la ciencia son el espacio abierto en la jungla tropical, creados al eliminar los tropos (1978: 161, la traducción es mía).

En la imagen de Quine las oraciones literales son estas pulcramente trabajadas zonas donde el hábito y la regularidad termina por imponer orden en medio de la exhuberancia, mientras que las metáforas son precisamente la frontera con la jungla. Las metáforas se solidifican y se convierten en oraciones literales, y así el claro crece incorporando nuevas regularidades. Las oraciones literales están conformadas por usos regulares de expresiones, generando efectos convencionales y fáciles de predecir en los intérpretes. Las oraciones metafóricas, por el contrario, son el producto de la subversión o de la trasgresión de las regularidades que gobiernan de manera convencional el uso de las expresiones en una comunidad de hablantes dada. Pero entre una oración usada literalmente y una oración usada metafóricamente lo que hay es un continuo, no una separación nítida. Las metáforas pertenecen a los bordes crecientes del lenguaje, y el significado no es más que una noción abstracta que empleamos para poder hacer inteligibles ciertos tipos familiares de comportamiento humano; el uso metafórico pertenece a los bordes de esas familiaridades.

Pero, además, estos usos inusuales permiten ver asociaciones entre conceptos que de otra manera se nos perderían de vista. Imaginemos, por ejemplo, el siguiente escenario: Romeo está caminando por las calles de Verona y se encuentra con Benvolio, quien le pregunta a dónde va. Romeo contesta que va a ver a Julieta. Benvolio pregunta quién es Julieta. Entonces Romeo contesta: "*Juliet is the sun*". Lo primero que Benvolio hará es interpretar la oración en su sentido literal, esto es, como afirmando que Julieta es un astro incandescente. Pronto se dará cuenta, sin embargo, que Romeo no puede haber querido decir eso de manera literal y se aplicará entonces a buscar posibles asociaciones entre Julieta y el sol, para poder hacer inteligible la situación comunicativa en que se encuentra. Así —y en gran medida esto dependerá de su habilidad como intérprete—, Benvolio podrá suponer que Romeo quiso mostrarle que Julieta es fuente de calor y vida (las que, por otra parte, siguen siendo metáforas), o que Julieta es hermosa y dorada. Podrá suponer también que Julieta es el centro alrededor del que la vida de Romeo gira,

si Benvolio es heliocentrista, porque si es geocentrista pensará más bien que Julieta gira alrededor de Romeo, lo que sin duda tendrá consecuencias muy diferentes para su relación. Pero también podría ser que Benvolio piense que Romeo le está dando a entender que Julieta es una rubia gorda, o que hay ciertas horas del día, especialmente en verano, en las que su presencia es intolerable. Todo esto es parte de lo que la metáfora muestra, aunque para que la metáfora muestre apropiadamente se necesita un productor agudo y un intérprete ingenioso, pues la metáfora solo termina de nacer cuando el intérprete imagina las posibles asociaciones que ella va indicando.

El caso de "*Juliet is the sun*" es hoy bastante simple y hasta quizá algo cursi, pero ciertamente no lo era en tiempos de Shakespeare. Por ello, piénsese en una metáfora más acorde con nuestros tiempos. Imagínese que Romeo dice: "*Juliet is a black hole*". Hay una infinidad de posibles asociaciones que podríamos hacer entre Julieta y los agujeros negros, y en gran medida la capacidad de Benvolio como intérprete dependerá de lo que sepa sobre los agujeros negros, si ha leído o no a Stephen Hawkins, de lo que crea acerca de Julieta, y de lo que Benvolio suponga que Romeo cree acerca de Julieta y los agujeros negros. Romeo puede querer decir que Julieta le atrae tanto que nada de él puede escapar a su gravedad. Pero también podría querer decir que Julieta es posesiva y destructiva. Aunque también podría querer decir que ella es incansable y desenfadada. Ahora supongamos que inmediatamente después de decir que Julieta es un agujero negro, Romeo cita a Woody Allen y dice: "La comedia es tragedia más tiempo". Sin duda, deberemos interpretar la primera metáfora a la luz de la segunda, es como si Romeo hubiera hecho una meta-metáfora. Probablemente nos inclinaremos, por tanto, a una interpretación más dramática aunque algo jocosa, y seguramente menos agradable para Julieta, de la metáfora "Julieta es un agujero negro". Pero volvamos a nuestra metáfora inicial. Cuando Romeo dice que Julieta es el sol, lo que nos está pidiendo es precisamente que veamos a Julieta a la luz del sol.

Así pues, el fenómeno metafórico es importante desde varios puntos de vista: es interesante porque ilumina el ámbito de lo que

no puede ser dicho, permite aclarar el fenómeno del cambio conceptual y la creación de nuevo significado, explica cómo el significado se constituye mediante la participación solidaria entre hablante e intérprete, y también muestra como se va constituyendo el discurso literal mismo. Pero hay un punto de vista más para considerar, que es precisamente el que tiene que ver con su capacidad para ser una vía regia hacia el inconsciente.

Hace un momento recordamos que para Aristóteles la metáfora es el producto de dos funciones semánticas: la *transferencia* de significado de un concepto a otro (por ejemplo, transferimos a Julieta algunos de los rasgos del sol), y la *extensión* de significado (por ejemplo, extendemos el significado de “comedia” para incluir algunos rasgos del concepto de tragedia). El punto es que lo característico de la metáfora, según Aristóteles, es la transferencia y la extensión. Es inevitable hacer una comparación con los conceptos de desplazamiento y condensación que, como se sabe, son los mecanismos de los procesos primarios según Freud.

En el sueño, solemos *desplazar* los rasgos de una persona o cosa a otra, tal como lo hace una metáfora. Pero también solemos *condensar* en una persona o cosa muchos rasgos que proceden de otras. Eso también hace la metáfora. Sería apropiado decir, entonces, que así como el sueño, los lapsus o el humor son vías regias al inconsciente, también lo es la metáfora. Pero, además, la manera como las metáforas operan, echando luz a posibles relaciones entre cosas, ilumina también la manera como trabaja el inconsciente. Donald Davidson tiene la siguiente metáfora acerca de las metáforas: “La metáfora es la elaboración onírica del lenguaje y, como toda elaboración onírica, su interpretación refleja tanto del intérprete como de quien la creó” (1984: 245). Entender la manera como operan las metáforas ayuda a entender la manera como opera el inconsciente. Para ello, no es necesario subrayar la ausencia del principio de realidad o de reglas lógicas, sino más bien acentuar la cualidad de asociar transfiriendo y extendiendo rasgos de un tipo de conceptos a otro de género diferente.

Así como en los sueños, también en la metáfora los pensamientos, temores y deseos se expresan de manera encubierta, codificada y a veces distorsionada. Una metáfora puede ser una manera de canalizar la agresividad, así como una manera de expresar nuestros temores o deseos más ocultos. Pero, más importante aún, hay un sentido en que la metáfora puede ser una forma de conocimiento, porque puede ser una manera de reconocer asociaciones entre cosas que no resultan obvias para todos.

Bibliografía

Aristóteles

2004 *Poética*. Madrid: Alianza.

DAVIDSON, Donald

1984 "What metaphors mean". En *Inquiries into Truth and Interpretation*. Nueva York: Oxford University Press, 245-264.

QUINE, Willard Van Orman

1978 "A postscript on metaphor". *Critical Inquiry*. 5, 1, 161-162.

WITTGENSTEIN, Ludwig

1979 *Tractatus Logico-Philosophicus*. Madrid: Alianza Editorial.